

Cristo y el Espíritu

Algunos aspectos de la cristología en Raniero Cantalamessa

RESUMEN

El autor presenta la cristología de Cantalamessa como un intento de cristología pneumatológica. En la obra del fraile capuchino descubre más de un sentido de la dimensión pneumatológica en el acercamiento al misterio de Cristo. Por un lado una cristología espiritual implica descubrir al Espíritu Santo como término *a quo* que origina, mueve y acompaña la reflexión teológica, integrando los distintos acercamientos al misterio de Cristo; por el otro, el mismo Paráclito es término *ad quem* en el encuentro personal con el Cristo siempre vivo en el Espíritu. Se trata de formular una cristología espiritual que invita a descubrir a Jesucristo como una Persona viva.

Palabras clave: cristología, pneumatología, Santos Padres, dogma cristológico, misterio.

Christ and the Spirit. Some aspects of Christology in Raniero Cantalamessa.

ABSTRACT

The author introduces Cantalamessa's christology as an attempt at a pneumatic christology. By analyzing the work of the Capuchin priest, he discloses more than a meaning of the pneumatological dimension regarding the approach to the mystery of Christ. On the one hand, a spiritual christology means to discover the Holy Spirit as a term *a quo*, that causes, moves and goes with the theological reflection, through the integration of the different approaches to the mystery of Christ; on the other hand, the Paraclete himself is a term *ad quem* in the personal encounter with the Christ always alive in the Spirit. It deals with formulating a spiritual christology, which will invite to find out Jesus Christ as a live Person.

Keywords: Christology, Pneumatology, Church Fathers, Christological Dogma, Mystery.

La dimensión pneumática del misterio de Cristo es un asunto que la teología contemporánea pretende rescatar de la inescrutable riqueza del tiempo patristico y que merece ser ampliamente profundizado en orden a renovar la tarea de todo evangelizador: anunciar que Cristo está vivo y que estamos llamados a entrar en comunión con todos sus misterios, a establecer una relación personal con el Señor para que, creyendo en Él, tengamos Vida en abundancia.

Entendemos que entre los autores modernos que desarrollan esta materia podemos sumar a Raniero Cantalamessa, quien, más que un acercamiento histórico-evolutivo de la Persona de Jesús de Nazaret, fija la atención en el misterio del Cristo viviente en el Espíritu que ha resucitado de entre los muertos y provoca la fe de la comunidad cristiana. En efecto, el misterio de fe eclesial se apoya y está en clara continuidad con el Jesús terreno, pero la perspectiva desde la cual parte nuestro autor es el método dogmático: una aproximación al misterio de Cristo a la luz del dogma cristológico. Vía dogmática seguida por nuestro autor con el propósito de desarrollar una cristología espiritual, es decir, una cristología iluminada por el Espíritu Santo. El meritorio intento de Cantalamessa de acercar la cristología y la pneumatología es un trabajo apasionante que parece –gratamente– haber despertado después del Vaticano II. La correlación cristología-pneumatología es una de las dimensiones que la Comisión Teológica Internacional (CTI) considera fundamental recuperar en los estudios cristológicos contemporáneos. Los miembros de la comisión ofrecen un nutrido *corpus* de citas bíblicas para la reflexión sobre la unción de Cristo por el Espíritu Santo,¹ cuestión cristológica donde se inscriben varios autores, anteriores y posteriores a la declaración.²

1. Cf. CTI, *Cuestiones selectas de Cristología*, (1980) V, 2.

2. Cf. I. DE LA POTTERIE, "L'onction du Christ", *Nouvelle revue Théologique* 80 (1958) 225-252; A. ORBE, *La unción del Verbo*, Roma, Estudios Valentinianos, III, 1961; H. U. VON BALTHASAR, "Le Saint Esprit, L'Inconnu au-delà du Verbe", *Lumière et vie* 67 (1964) 115-126; H. MÜHLEN, "El acontecimiento Cristo como obra del Espíritu Santo", en: J. FEINER; M. LÖHRER (eds.), *Mysterium Salutis*, Tomo III/2, Madrid, Cristiandad, 1969, 529-560; O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret*, Madrid, BAC, 1975, 555-580; L. LADARIA, "Cristología del Logos y cristología del Espíritu", *Gregorianum* 61 (1980) 353-360; "La unción de Jesús y el don del Espíritu", *ibid.* 71 (1990) 547-571; A. ARANDA, "Cristología y Pneumatología", en: *Cristo Hijo de Dios y Redentor del hombre, III Simposio internacional de teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, EUNSA, 1982, 649-675; Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona, Herder, 1983, 598-607; F. X. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1999; *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca, Sígueme, 1986;

1. Cantalamessa, el teólogo-predicador

En medio de este clima teológico crecen la personalidad y el pensamiento de fray Raniero que adquiere prestigio –en primer lugar– en los ámbitos académicos, sobre todo a raíz de su estudio sobre la cristología de Tertuliano³ y, más aún, a partir del quinquenio en que formó parte de la CTI.⁴ Posteriormente, debido a su nombramiento como predicador de la Casa Pontificia, el fraile capuchino se convierte en un autor popular.⁵ Ciertamente, la cristología de Cantalamessa puede ser abordada desde esta doble perspectiva. Una primera etapa de su vida dedicada a la investigación teológica, momento que el mismo fraile define como “acercamiento objetivo” al misterio de Cristo, sin necesidad de tomar una posición existencial frente a él. En este sentido, exaltamos al fraile, ya que es considerado una de las máximas autoridades en las investigaciones de la Pascua en la Iglesia primitiva.⁶ Podemos señalar un segundo momento en la vida de nuestro autor, donde el *teólogo* se enriquece con el *predicador*. El investigador, que había profundizado en la cristología

A. MARINO, “Cristo y el Espíritu en la obra de la salvación”, en: R. FERRARA; C. GALLI (eds.), *El soplo de Dios. Diez lecciones sobre el Espíritu Santo*, Buenos Aires, Paulinas, 1998, 111-132; M. BORDONI, “El Espíritu Santo y Jesús. Reflexión bíblico-sistemática”, en: AA.VV. *Semanas de estudios trinitarios* (ed.), *Se encarnó por obra del Espíritu Santo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 2000, 13-41; N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu. Fundamentos de cristología pneumática*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 2006.

3. Cf. R. CANTALAMESSA, *La Cristología di Tertulliano* (Paradosis, 18), Friburgo (Svizzera), Edizione Universitarie, 1962. La contribución de Cantalamessa sobre la teología de Tertuliano fue recogida por varios autores: B. STUDER, *Dios salvador en los Padres de la Iglesia. Trinidad - Cristología - Soteriología*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1993, 109-113; B. SESBOUÉ, *Historia de los Dogmas*. Tomo I: *El Dios de la salvación*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1995, 283; A. MILANO, *Persona in teología*, Roma, Edizioni Dehoniane, 1996², 61-79; A. GRILLMEIER, *Cristo en la Tradición cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1997, 265-288; N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, 142-147.

4. Cantalamessa fue nombrado miembro de la CTI desde 1975 hasta 1981, período en que la comisión publica *Cuestiones selectas de Cristología*.

5. Sus prédicas y meditaciones fueron traducidas y publicadas en una veintena de lenguas.

6. Cf. A. VICIANO, *Cristo Salvador y Liberador del hombre. Estudio sobre la soteriología de Tertuliano*, Pamplona, EUNSA, 1986, 18. Varias obras escritas por nuestro autor fundamentan este parecer: R. CANTALAMESSA, *L omelia «In S. Pascha» dello Pseudo-Ippolito di Roma. Ricerche sulla teologia dell'Asia Minore nella seconda metà del II secolo*, Vita e Pensiero, Milano, 1967; *La Pasqua della nostra salvezza. Le tradizioni pasquali della Bibbia e della primitiva Chiesa*, Torino, Marietti, 1971; publicado en castellano: *La Pascua de nuestra salvación. Las tradiciones pascales de la Biblia y de la Iglesia primitiva*, Bogotá, San Pablo, 2007; *I più antichi testi pasquali della Chiesa. Le omelie di Melitone di Sardi e dell'Anonimo Quartodecimano e altri testi del II secolo*, Roma, Edizione Liturgiche, 1972; *La Pasqua nella Chiesa antica*, Torino, SEI, 1978; “La concezione teologica della Pasqua in sant’Ambrogio”, en: *Paradoxos Politeia. Studi patristici in onore di Giuseppe Lazati*, 361-375.

patrística, comienza a vivir el servicio teológico con la misma finalidad que los Padres: la predicación de Jesucristo. Sus escritos alcanzan un nuevo enfoque: exquisita exposición dogmática de hondo interés espiritual y pastoral. Dicha integración era lo que el fraile había contemplado en el tiempo de los Padres, *columnas de la Iglesia* que sin dejar de ser grandes doctores –expertos en la ciencia teológica–, fueron auténticos pastores, creyentes con fragancia de santidad.

Tanto desde la cátedra (teología), como desde el púlpito (predicación), el Espíritu Santo es el que permite conocer la obra redentora de Cristo perpetuada en la Iglesia. Ambos momentos suponen un doble movimiento. Mientras en la primera fase Cantalamessa recorre el camino cristológico del *kerygma* al dogma, la segunda fase admite un camino a la inversa: del dogma al *kerygma*. De una u otra manera, queda de manifiesto la misión del Espíritu Santo –que consiste en revelar toda la verdad sobre la Persona de Cristo– como una dimensión teológica de alta densidad que significa valorar el estudio sobre Jesucristo, no sólo desde la formalidad académica, sino como un misterio que deslumbra y excede: “El Espíritu Santo es la «intimación» de Cristo en el corazón de la Iglesia y del creyente individual”.⁷

2. Acercamiento a Cristo en el Espíritu

La aproximación pneumatológica al misterio de Cristo que desarrolla Cantalamessa podemos entenderla en más de un sentido. Ante todo reconocemos la dimensión pneumatológica en cuanto método, una perspectiva fundamental y privilegiada en la cristología de nuestro autor que radica en

“predicar a Cristo en el Espíritu Santo, o –como se deduce de un pasaje de la primera carta de Pedro–: «predicar el Evangelio en el Espíritu Santo» (1 Pe 1,12). «Cristo» o «el Evangelio» indican el contenido de la predicación, aquello que se debe predicar; «en el Espíritu Santo» indica el método, esto es, el modo cómo se debe predicar”.⁸

En este sentido el acercamiento a Cristo en el Espíritu no consiste

7. H. U. VON BALTHASAR, *Ensayos teológicos I. Verbum Caro*, Madrid, Cristiandad, 1964, 258.

8. R. CANTALAMESSA, *Señor, tú tienes palabra de vida nueva*, Buenos Aires, Guadalupe, 1990, 74.

en la referencia explícita a la Persona del Espíritu Santo. “El Espíritu Santo es aquel que proyecta luz sobre Jesucristo y hace que lo conozcamos”.⁹ Se trata, más bien, de exponer una cristología espiritual, es decir, una cristología animada por la función reveladora (Jn 16,14) y vivificadora (Rm 8,9-11) del Espíritu. De esta manera, apreciamos todo el recorrido bíblico y patristico que termina en el dogma cristológico, como un camino en compañía del Paráclito que guía hacia la verdad plena sobre el misterio de Cristo, y en el mismo Espíritu vivificador, podemos apropiarnos de dicho misterio. Este camino supone un doble propósito. Por un lado, ofrece una mirada sintética y correlativa de las distintas aproximaciones al misterio cristológico realizadas en los primeros siglos de la Iglesia; aproximaciones estimadas como dones perennes del Espíritu, que por medio de las definiciones dogmáticas iluminan todos los tiempos de la Iglesia. Por otra parte, considera, en el mismo recorrido cristológico, la acción del Espíritu Santo, que en orden a conducir hacia la verdad completa sobre Jesucristo, introduce al creyente en el sublime conocimiento de Jesucristo por medio de la apropiación de sus misterios, sabiendo que “el encuentro con Cristo es posible a través del Espíritu; la comunión con el Señor, siempre mediada en el Espíritu, es una comunión pneumática”.¹⁰

Asimismo, reconocemos que Cantalamessa desarrolla una aproximación pneumatológica al misterio de Cristo en un segundo sentido: en cuanto contenido. Aquí la dimensión pneumática tiene como finalidad estudiar a Cristo desde el horizonte de la unción del Espíritu Santo. En este sentido entienden numerosos teólogos la cristología pneumatológica, es decir, la presencia del Espíritu en la vida y el misterio de Cristo que se prolonga en la Iglesia.¹¹ Aquí el esfuerzo se concentra en contactarnos con los momentos en que el Espíritu de Dios

9. R. CANTALAMESSA, *Jesucristo, el Santo de Dios*, Buenos Aires, Lumen, 1995, 8. Cantalamessa completa la idea: “Renovar el dogma del Espíritu Santo no significa hablar lo más frecuentemente posible del Espíritu Santo, referido a cualquier cuestión de teología. El Espíritu Santo es como la luz. La luz ilumina y hace visible las cosas, no cuando la tenemos frente a los ojos, o cuando miramos su fuente, sino cuando está a nuestras espaldas; ilumina todo lo que está frente a nosotros, y ella se mantiene, por así decirlo, abscondita”.

10. N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, 59.

11. Cf. Y. CONGAR, “Pneumatología dogmática”, en: B. LAURET; F. REFOULÉ (eds.), *Iniciación a la práctica de la Teología. Dogmática 1*, Madrid, Cristiandad, 1984, 480: “Si el Espíritu es Espíritu del Hijo, él constituyó a Jesús de Nazaret «Hijo de Dios» y lo hizo en varios momentos, al tratarse no de la unión hipostática, que no se discute (cf. Jn 1, 14), sino de la economía de la gracia, de la función de Cristo con respecto a nosotros. El Nuevo Testamento es aquí muy firme”.

unge la humanidad de Jesús, mostrando una mirada completa sobre la acción del Espíritu Santo en la vida de Cristo, tanto en la Encarnación y en el misterio Pascual, como también en el misterio del Bautismo y, finalmente, subrayando la correlación entre la Persona de Jesucristo y el Espíritu Santo en el misterio de la Iglesia, donde los creyentes somos llamados a participar de la nueva vida que Cristo resucitado posee y dona a través de su Espíritu.

3. La dimensión pneumatológica en cuanto método

La dimensión pneumatológica en la cristología de Cantalamessa implica un método determinado, que se desarrolla tanto en sus obras científicas como en sus predicaciones. De este modo, la investigación llevada adelante por fray Raniero, en orden a profundizar la fe (*fides quae*) en la Persona de Jesucristo, el Santo de Dios, se orienta a descubrir e integrar las distintas posiciones teológicas, fruto de la iluminación del Espíritu Santo que nos enseña toda la verdad sobre Cristo: “Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad” (Jn 16,13). Esta función reveladora y cognoscitiva del Espíritu Santo se dice sobre todo en referencia al misterio cristológico: “Recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes” (Jn 16,15b).¹² Es más, el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús.¹³

Empujado por esta promesa, nuestro autor busca la luz del Paráclito en cada una de las perspectivas cristológicas que se encuentran en la Escritura y que continúan explicitándose e iluminando a los Padres, hasta llegar a esquematizar la teología en diferentes escuelas, pretendiendo captar las mejores intuiciones de cada una y la contribución perdurable que han hecho al conocimiento y contemplación del misterio cristológico. “La tarea de los teólogos es, ante todo, construir una síntesis que subraye todos los aspectos y todos los valores del misterio de Cristo”,¹⁴ y así lo hace Cantalamessa, quien no procura hacer

12. En el mismo sentido: “Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad que proviene del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15,26).

13. Cf. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, V, 12, 13: “Decimos también Espíritu del Hijo, pero nunca Hijo del Espíritu Santo, para que nadie imagine al Espíritu Santo como padre”.

14. CTI, *Cuestiones selectas de cristología*, III, D, 6.1.

una reconstrucción de cada aporte, sino una interpretación, una relectura que intenta conocer mejor la cristología que ha alimentado por los siglos la fe de la Iglesia, ofertando su propia contribución, para asumir –aún en las diversas confrontaciones cristológicas– una actitud responsable e iluminada.¹⁵

La investigación sobre Cristo, en la Iglesia de los primeros siglos, originó la formulación dogmática de los concilios, definiciones dogmáticas que nuestro autor presenta como estructuras abiertas, listas para recibir todo lo que cada período manifiesta bajo una forma nueva, en consonancia con la Palabra de Dios. Los estudios cristológicos de Cantalamessa se concentran fundamentalmente en los primeros concilios, formulando la síntesis que el fraile capuchino presenta como el dogma cristológico: “La Tradición de la Iglesia ha elaborado, bien pronto, un camino de acceso al misterio de Cristo muy suyo, un manera muy suya de recoger y organizar los datos bíblicos, que a Él se refieren, y esta forma se llama el dogma cristológico, la vía dogmática”.¹⁶ La definición dogmática es elaborada bajo la guía del Espíritu. Sin la acción del Espíritu Santo es imposible captar la luz de la Verdad que viene de lo alto. De esta manera, las formulas dogmáticas se exhiben como la *regula fidei* para discernir el espíritu que mueve a las nuevas cristologías.

Finalmente, el trabajo realizado para profundizar las distintas aproximaciones al misterio de Cristo, bajo la luz del Espíritu Santo, permite avanzar de la formulación del dogma cristológico a la apropiación personal y eclesial del mismo, aquello que nuestro autor llama una cristología espiritual, es decir,

“mostrar cómo el Espíritu Santo, que vivifica todas las cosas en la Iglesia, puede también sobre todo vivificar el dogma católico, hacerlo brillar con una nueva luz, hacer que los creyentes se enamoren de él, después de haberlos llevado a una experiencia cercana. Mostrar cómo el dogma no es solamente el que trae las *certezas*, sino también da *energía* a la Iglesia. Intentar, resumiendo, un esbozo de cristología «espiritual»”.¹⁷

15. Cf. R. CANTALAMESSA, *Del Kerygma al Dogma. Estudio sobre la cristología de los Padres*, Buenos Aires, Agape, 2012, 10.

16. R. CANTALAMESSA, *Jesucristo, el Santo de Dios*, 5.

17. R. CANTALAMESSA, *Jesucristo, el Santo de Dios*, 9.

Se trata de apropiarse del misterio cristológico al modo de las catequesis mistagógicas que existían en la antigüedad. El objetivo de estas catequesis era introducir a los fieles en las profundidades del misterio.¹⁸ Ciertamente,

“por misterio de la vida de Cristo, según la acepción tradicional en la espiritualidad latina, entendemos un evento histórico de la vida de Jesús cargado de significado salvífico, es decir, que tiene valor ejemplar y causativo respecto de los miembros de su cuerpo, que es la Iglesia”.¹⁹

Después de establecer cuál es la fe recta y ortodoxa, la asistencia del Espíritu actúa sobre el acto personal de fe (*fides qua*), introduciéndonos de una manera nueva en el conocimiento de Jesucristo. Es más,

“todo esto nos interesa, en este momento, sólo desde el punto de vista del conocimiento de Cristo. ¿Qué conocimiento de Cristo va emergiendo en esta nueva atmósfera espiritual y teológica? El acontecimiento más significativo no es el descubrimiento de algo nuevo –nuevas inspiraciones, nuevas perspectivas o nuevas metodologías–, sino el hecho de haber vuelto a descubrir un dato bíblico elemental: ¡que Jesucristo es el Señor! San Pablo habla de un conocimiento «superior», y hasta «sublime», de Cristo, que consiste en conocerlo y proclamarlo «Señor» (cf. Flp 3,8). Es la proclamación que, unida a la fe en la resurrección de Cristo, nos salva (cf. Rm 10,9). Y este conocimiento lo hace posible sólo el Espíritu Santo: «Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no está movido por el Espíritu Santo» (1 Co 12,3)”.²⁰

Este tipo de conocimiento queda de manifiesto sobre todo en el período en que Cantalamessa se dedica a tiempo completo a la predicación. En esta etapa no se aleja de los Padres, sino que se acerca a ellos. En la vida del fraile, integrar la investigación teológica con la predicación, es regresar al período del cristianismo primitivo para

18. En el siglo XX Odo Casel fue el iniciador de la teología de los misterios. Una pretensión de síntesis de todas las verdades de la fe desde la categoría del Misterio con dos significaciones fundamentales: en sentido pneumático-teológico (Misterio de Cristo), y en sentido cultural (Misterio de culto), cf. O. CASEL, *Misterio de la Ekklesia*, Madrid, Guadarrama, 1964, 31. La teología de los misterios es tenida en cuenta por varios autores: cf., H. DE LUBAC, *Exégèse Médiévale. Les Quatre sens de l'Écriture*, Paris, Aubier, 1964; B. NEUNHEUSER, “Misterios, teología de los”, en: RAHNER, Karl y otros (eds.), *Sacramentum Mundi. Enciclopedia Teológica*, 4, Barcelona, Herder, 1977, 718-723.

19. R. CANTALAMESSA, *El misterio de la Transfiguración. O la imagen de Cristo para el hombre del Tercer Milenio*, Burgos, Monte Carmelo, 2003, 5.

20. R. CANTALAMESSA, *El canto del Espíritu*, Madrid, PPC, 19983, 384.

alcanzar un nuevo conocimiento sobre la Persona de Jesucristo. En efecto, rastrear los aportes cristológicos de los primeros tiempos de la Iglesia no es una catalogación arcaica y estática del pasado. Debemos distinguir y separar las condiciones culturales del período primitivo y las de nuestra época. Animarse a una cristología pneumatológica supone apreciar la diferenciación junto con la unidad dinámica. Así, podemos lanzarnos al estudio de los Padres para renovar el dogma cristológico en el Espíritu Santo, permaneciendo, en todo momento, bajo esta nube luminosa.

3.1. *La cristología neotestamentaria*

Nuestro autor se detiene, sobre todo, a contemplar la cristología paulina y la cristología joánica.²¹ Ante todo establece las acentuaciones correspondientes. Así, señala a Pablo como el autor que parte de la humanidad para alcanzar la divinidad, de la dualidad de Cristo para llegar a la unidad, y que tiene como centro de su reflexión el misterio pascual. Por su parte Juan es presentado como aquél que parte de la divinidad para alcanzar la humanidad, de la unidad para llegar a la dualidad, y que asume como centro la encarnación. Dicho esto, es oportuno puntualizar que, tanto Juan como Pablo, exploran un camino descendente y ascendente de manera simultánea (cf. Jn 16,28; Rm 1,3; Flp 2,5-11).²² Si queremos conocer al *Cristo total* no podemos quedarnos exclusivamente con uno solo de los aspectos.

Para Cantalamessa, las aproximaciones que se realizan en torno al misterio de Cristo en el Nuevo Testamento tienen en común que el Espíritu Santo es el conductor, el guía que permite transitarlos. La

21. R. CANTALAMESSA, *El misterio de la Transfiguración* 55-95.

22. Cf. A. MARINO, "La hermenéutica cristológica de los concilios de la Iglesia antigua", en AA.VV., *Presente y futuro de la teología en Argentina*, Buenos Aires, Paulinas, 1997, 321-322: "El itinerario espiritual que partía de la actuación salvífica del Jesús de la historia, para descubrir en él su misterio personal (cristología ascendente), sin perderse, cederá el paso a la perspectiva inversa (cristología descendente), representada en la teología paulina (Ga 4,4; Hb 10,4) y joánica (*passim*) por las afirmaciones sobre el envío del Hijo preexistente, o sobre el Logos que era Dios y se hizo carne (Jn 1,1-18); Imagen y Sabiduría de Dios (Col 1,15-20; 1Co 1,23-24; 2,6-8)". En el mismo sentido, cf. A. MARINO, "Creo en Jesucristo, Hijo Único de Dios", en: AA.VV., *Comentario al Catecismo de la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Paulinas, 1996, 140.

fuerza iluminadora del Espíritu que envía el Resucitado, abre la inteligencia para que comprendamos las Escrituras (cf. Lc 24,45). Así, se conectan cristología y pneumatología, de modo que

“para ambos, nuestra relación con Cristo es mediada y hecha posible por el Espíritu Santo. Es creyendo en Cristo, dicen ambos, como se recibe el Espíritu (cf. Ga 3,2; Jn 7,39) y recibiendo el Espíritu es como se puede creer en Cristo (cf. 1 Co 12,3; Jn 6,63)”.²³

Según el fraile la cristología en el Nuevo Testamento implica un proceso que continúa en la época sub-apostólica, y que supone una orientación determinada: desde los actos de Cristo abordamos el ser de Cristo. Esta tendencia se percibe como una unidad dinámica, no sólo dentro del desarrollo cristológico bíblico, sino también *in eodem sensu*, en la cristología patrística y dogmática. Tanto los Padres como los concilios prolongan y extienden dicho proceso. De esta manera, podemos confirmar la continuidad entre *kerygma* y dogma. No se trata de negar la acentuación de una y otra perspectiva. En efecto, desde una configuración más histórica, el Nuevo Testamento –que parte de la Resurrección– se interesa, ante todo, en lo que Cristo *hace* por nosotros. Esto permite una presentación más dinámica que estática. Sin embargo, dicho desarrollo cristológico, no ocurre en desmedro de lo que Cristo *es*. No podemos confrontar –y mucho menos contraponer– cristología bíblica y cristología patrística, como si estuviéramos proclamando una cristología histórico-salvífica por un lado, y una cristología ontológica por el otro. La *ontologización* es un proceso que comienza en la misma Escritura. Más bien, la diferencia está en el punto de partida para comunicar la relación entre el *obrar* y el *ser* de Cristo. El Nuevo Testamento rescata el ser a través de la historia, los Padres recuperan la historia a través del ser.

3.2. La cristología en el tiempo de los Santos Padres

La cristología neotestamentaria expuso, de manera germinal, la gran tarea de la patrística: armonizar la trascendencia y la contingencia histórica de Cristo, cómo pensar juntos Dios y la historia. Al igual que

23. R. CANTALAMESSA, *El misterio de la Transfiguración*, 84-85.

el proceso iniciado en el Nuevo Testamento, el camino recorrido por los Santos Padres tiene como punto de partida el principio soteriológico y como punto de llegada el cristológico. El ámbito en que se desarrolla este itinerario no es prioritariamente la especulación del teólogo sino la inquietud misionera, aquello que la teología denominó luego inculturación, proceso que significó la incorporación de una terminología ajena al lenguaje bíblico pero que, en la mística del Espíritu Santo, no significó alejarse de la fe con interpretaciones meramente subjetivas. Por el contrario, la cristología de los Padres llevó adelante un camino de *deshelenización* que evitó todo tipo de confusión e implicó la purificación y la modificación de todo aquello que en el sistema filosófico griego contrariaba la fe verdadera. Este camino será profundizado en los concilios de la Iglesia y en Calcedonia logrará la grandiosa cristianización del helenismo y la máxima distinción del mismo.²⁴ La verdad de Cristo, al desembarcar en las playas de los griegos, fecunda el helenismo con la acción del Espíritu Santo, labor realizada por los Padres que no siempre cosechó éxitos, sino que lamentó heridas a la hora de alcanzar la concordancia entre trascendencia e inmanencia. Para Cantalamessa, el Espíritu Santo guía a la Iglesia a reconocer que “en Cristo se entrecruzan estos planos que en el pensamiento griego habían quedado superpuestos y divididos”.²⁵

3.3. El dogma cristológico

La elaboración conceptual de la formulación dogmática en continuidad con el *kerygma* se realiza desde la misma dinámica pneumatológica o, dicho de otro modo, el Espíritu Santo es la “luz de los dogmas”.²⁶ En efecto, la realidad y la verdad de Cristo llegan a nosotros, “sólo por la mediación del testimonio de la Iglesia conducida por el Espíritu Santo”.²⁷ Así, la luz del Espíritu Santo que nos recuerda a Jesucristo y nos conduce a toda la verdad actúa eficazmente en las definiciones dogmáticas de la Iglesia, que son un elemento más de la acción eficaz del Espíritu dentro de la *Paradosis* eclesial. Gracias a la

24. Cf. R. CANTALAMESSA, *Del Kerygma al Dogma*, 247.

25. *Ibid.*, 99.

26. R. CANTALAMESSA, *Jesucristo, el Santo de Dios*, 8.

27. CTI, *La interpretación de los dogmas* (1988) III.1.

guía del Espíritu (cf. Ga 5,18), las definiciones dogmáticas han sido una auténtica *desbelenización* y han rechazado todas aquellas expresiones que tuvieron la pretensión de ceder a cualquier tentación por realizar fórmulas de compromiso que no respondieran con fidelidad al dato revelado.

Desde la categoría “estructura abierta”, Cantalamessa descubre que la acción del Espíritu Santo conduce a la Iglesia para actualizar las definiciones conciliares a lo largo de la historia. Sin negar el proceso de adecuación a cada cultura que supone estar atento a discernir los signos de los tiempos a la luz del Evangelio para responder a los nuevos interrogantes del hombre, el fraile muestra que los dogmas cristológicos no son hipótesis, sino tesis que en cada generación están disponibles para hacer crecer el verdadero conocimiento de Cristo. Esto significa que las definiciones dogmáticas son capaces de acoger dilataciones en épocas sucesivas a las que fueron redactadas. Ciertamente, así como Gregorio Magno sostuvo que la Escritura crece con los lectores *–cum legentibus crescit–*²⁸ del mismo modo, salvando las distancias, ocurre con el dogma cristológico: crece con el crecer de la Iglesia que lo lee *–cum Ecclesia legente–*. Es necesario manifestar la *intentio* de los concilios, que se incorporan como datos irrenunciables para la teología. La relevancia y la obligatoriedad del dogma cristológico marca la honda significación del mismo en la cristología actual.

El propósito de Cantalamessa será despertar las verdades dogmáticas, que pueden caer en un formalismo religioso sin ningún tipo de injerencia en la vida del creyente. En este sentido destacamos el encuentro del fraile con el pensamiento de Kierkegaard: la filosofía de la existencia kierkegaardiana es un *itinerarium mentis ad Deum* que influye en los escritos de nuestro autor en orden a descubrir que,

“la terminología dogmática de la Iglesia primitiva es como un castillo de hadas, donde reposan en un sueño profundo los príncipes y las princesas más airosas. Sólo es necesario despertarlos, para que se yergan en toda su gloria”.²⁹

28. SAN GREGORIO MAGNO, *Moralia*, XX, 1.

29. S. KIERKEGAARD, *Diario*, II A 110, (traducción italiana por C. FABRO), Brescia, Morcelliana, 1962, 196.

3.4. De la formulación a la apropiación del misterio cristológico

La integridad de la fe en Cristo implica la totalidad de su misterio, Dios y hombre, misterio que entrevé el encuentro personal con el hombre: la fe termina en las cosas.³⁰ De este modo, vemos el cumplimiento de la promesa del Maestro: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). En efecto, en Cristo, Dios sale al encuentro del hombre y dona su Espíritu vivificador. Así el camino recorrido por Cantalamesa para alcanzar toda la verdad sobre Jesucristo invita a efectuar un nuevo paso, que sólo es posible dar en el Espíritu Santo: *apropiarse* del misterio, un verdadero *leitmotiv* en la cristología de nuestro autor.

Esta apropiación del misterio cristológico se realiza por obra del Espíritu-don, que no sólo dispensa la fe para acceder al misterio, sino que también actúa para infundir vida a los sacramentos de Cristo, de manera que el creyente pueda entrar en comunión con Jesucristo, tener un encuentro personal con Él y participar de su Vida misma, siendo santificados por la acción del Espíritu. Por medio de la fe y los sacramentos recibimos la santidad de Cristo, y está en nosotros “mantener, aumentar y manifestar en la vida esa misma santidad recibida de Cristo”.³¹ La realidad operante del Espíritu da vida a la palabra que realiza los sacramentos de la Iglesia y, más aún, a la Iglesia misma, sacramento universal de salvación.³² Efectivamente, la dimensión sacramental nos abre al plano existencial del encuentro personal con el Viviente en la Iglesia, donde la realidad del sacramento expone al creyente a los rayos benéficos de la salvación que obró Jesucristo: todos los sacramentos de Cristo son dados a partir del misterio Pascual que, en labios de Gregorio Nacianceno, es un ser viviente.³³ El Espíritu que fecunda la Madre Iglesia conduce a los hijos al pleno conocimiento de Cristo. Claramente,

“la Iglesia no añade al evangelio nada nuevo (*non nova*), pero proclama la novedad de Cristo en un modo constantemente nuevo [...] La continuidad dentro de este proceso de la *Paradosis* viva se da finalmente en que la Iglesia es

30. Cf. SANTO TOMÁS, *Suma de Teología* II, IIae, q. 1 a. 2, ad 2.

31. R. CANTALAMESSA, *Jesucristo, el Santo de Dios*, 31.

32. Cf. *Lumen Gentium* 48.

33. Cf. SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oraciones*, 45, 30: “¡Oh grande y sagrada pascua, expiación de todo el mundo! Te hablo como a una persona animada”.

el sujeto de la fe, que trasciende espacio y tiempo. Por eso, la Iglesia presente en cada momento tiene que mantener presente toda su precedente historia de fe en su *memoria* mantenida por el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, de modo profético hacerla viva y fructuosa para el presente y el futuro”.³⁴

La corriente que se origina en las catequesis mistagógicas de los Padres encuentra en las predicaciones de Cantalamessa una nueva manifestación. La cristología del fraile parece ser una pequeña ola que se suma a la larga lista de expresiones que animan la Iglesia en el acercamiento al misterio de Cristo con el riquísimo método de la patrística. Una nueva teología de los misterios: desde las categorías figura-evento-sacramento contempla los misterios de la vida de Cristo.

El Espíritu que suscitó las diferentes aproximaciones al misterio cristológico y que descubrimos en una mirada integradora, sea en la Escritura, en la Tradición o en el Magisterio (*fides quae*), lleva a plenitud su obra en nosotros despertando la fe (*fides qua*) para producir el encuentro con el Resucitado. Sólo en el Espíritu Santo entramos en comunión con Cristo y alcanzamos el sublime conocimiento del Verbo hecho carne que murió y resucitó, para salvar y divinizar a los hombres.

Podríamos decir que el itinerario recorrido por Cantalamessa se inicia con el estudio de la acción del Espíritu en la redención objetiva realizada por Cristo e invita a dar el salto a la reflexión de la obra del Espíritu en la redención subjetiva, que *toca* al creyente por medio de la *apropiación* de los misterios de la vida de Cristo.

4. La dimensión pneumatológica en cuanto contenido

Con una fuerte impronta neo-testamentaria, Cantalamessa nos habla de la donación del Espíritu por parte de Jesús, pero sin dejar de señalar la presencia del Espíritu en Jesús mismo.

De este modo contemplamos, en primer lugar, cómo el Espíritu Santo obra en la Encarnación y conduce a Cristo a ofrecerse al Padre en el momento de la Pasión, constituyéndolo Hijo de Dios según el poder de santidad por la Resurrección de los muertos (cf. Rm 1, 4). “Se

34. CTI, *La interpretación de los dogmas*, III, 1.

trata –para decirlo con otras palabras– de la Encarnación redentora (cf. TMA 1) que presupone, en su misma raíz, la misión del Hijo y también del Espíritu Santo que da origen a la Iglesia”.³⁵ Claramente, toda la vida de Cristo es redentora: la encarnación es la inauguración del sacrificio redentor, cuya culminación –sello– es la Cruz. Lo que nos redime es el amor humano de esta Persona divina encarnada que se dona generosamente a lo largo de toda su existencia terrena y que continúa, sentado a la derecha del Padre como sumo y eterno Sacerdote, intercediendo (cf. Rm 8,34; Hb 7,24; 9,24; 1 Jn 2,1) y enviando el don del Espíritu como mediador definitivo de la salvación (1 Tm 2,5). El Espíritu Santo que Jesús entrega a los hombres (cf. Jn 19,30) es el mismo que ungió su humanidad en la Encarnación y que vivificó su cuerpo resucitándolo de entre los muertos.

A su vez, en consonancia con la teología patrística que ha subrayado la presencia del Espíritu Santo en toda la actividad de Cristo,³⁶ nuestro autor se detiene en las aguas del Jordán para profundizar cómo el Espíritu desciende sobre Jesús y en Él es ungió Cristo. Ciertamente, la plenitud del Espíritu Santo que habita en la Palabra hecha carne es un don no sólo para la humanidad de Jesús, sino que de la abundancia de su unción estamos convocados a participar todos los hombres. Dicho de otro modo, “de su plenitud hemos recibido la gracia del Espíritu”,³⁷ y así Jesús, *Santo* desde el mismo instante de la Encarnación, recibe una nueva unción del Espíritu divino en las aguas del Jordán, convirtiéndose en Cristo, Mesías de Dios para los creyentes llamados a ser hijos en el Hijo amado del Padre (cf. Mc 1, 11). De esta manera, el nacimiento del Verbo en las almas no da lugar a una nueva filiación, más aún, es la filiación eterna que se da a conocer a los hombres en el mismo acto en que Cristo, por la gracia, nace en el creyente. En efecto, el Espíritu descendió sobre Jesús permaneciendo en Él y habituándose a estar entre los hom-

35. A. ZECCA, “Espíritu, Iglesia y evangelización”, en: R. FERRARA; C. GALLI (eds.), *El soplo de Dios. Diez lecciones sobre el Espíritu Santo*, Buenos Aires, Paulinas, 1998, 134.

36. Cf. SAN BASILIO MAGNO, *De Spiritu Sancto*, XVI, 39: “El plan de salvación para los hombres [...] ¿quién puede dudar que se cumple con la gracia del Espíritu Santo [...] En primer lugar Él estuvo en la misma carne del Señor, convertido en unción y de manera inseparable, según está escrito: *Aquel sobre el cual verás bajar y permanecer el Espíritu, es mi hijo amado* (Jn 1, 33; Lc 3,22). Y: *Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con el Espíritu Santo* (Hch 10,38). Y después toda la actividad de Cristo se llevó a cabo con la presencia del Espíritu Santo”.

37. SAN ATANASIO, *Orationes contra arianos*, I, 50.

bres, para luego reposar y renovar a los hijos de Adán.³⁸ De este modo la meditación del misterio de la Unción nos lleva del plano *histórico*, Bautismo de Jesús, al plano *sacramental*, bautismo y confirmación, invitando, por último, a la dimensión *existencial* (orden moral) donde la triple unción (real-profética-sacerdotal) opera también en el cristiano para ser el *buen olor de Cristo*.

Finalmente, Cantalamessa contempla la Persona de Jesucristo, el Viviente en la Iglesia por medio de su Espíritu, a la luz de Pentecostés, y sobre todo en el misterio Eucarístico, descubriendo que el Espíritu Santo tiene en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, su lugar ordinario: “Donde está el Espíritu del Señor allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia está el Espíritu del Señor y toda gracia”.³⁹ Claro está que a partir del misterio de Pentecostés, la Iglesia experimenta la unción del Espíritu para hacer posible la inefable unión con Cristo, porque sólo el Espíritu Santo conoce a Jesús y sabe inspirar el sublime conocimiento sobre Él y el gozoso amor de Cristo que nos apremia (cf. 2 Co 5,14). Este amor a Cristo es alimentado especialmente a través de la Eucaristía. El sacramento nacido en la última cena con sus discípulos, convocados a una vida de amistad con el Maestro divino, se hace posible por el Espíritu de Jesús que vive en la Iglesia, más aún, santifica a quienes se acercan con fe a recibirlo: acontece la divinización del hombre gracias a la obra salvadora de Cristo con la efusión de su Espíritu.

Conclusión

La cristología que presenta Cantalamessa supone la posibilidad no sólo de conocimiento sino, a la vez, de reconocimiento, de encuentro amoroso con Cristo, que nos viene dado por el mismo Espíritu, quien establece el lazo de unión entre Dios y los hombres. Ciertamente, una cristología espiritual implica descubrir al Espíritu Santo como término *a quo* que origina, mueve y acompaña la reflexión teológica, integrando los distintos acercamientos al misterio de Cristo; así como término *ad quem* en el encuentro personal con el Cristo siempre vivo

38. Cf. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, III, 17, 1.

39. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, III, 24, 1.

en el Espíritu. De esta manera el método cristológico sumergido en el Espíritu que da vida, tiene al mismo Paráclito como agente, artista, animador, maestro y culmen de todo el esfuerzo realizado para alcanzar el pleno conocimiento de Jesucristo. En el Espíritu Santo iluminador, unificador, y redentor, el creyente se hace uno con Cristo y conoce los misterios más íntimos del Amigo Divino. Así lo comprobamos en la Iglesia primitiva, donde el Espíritu entregado por el Resucitado capacita a los discípulos para penetrar en la verdad de su misterio y los fortalece en la nueva existencia cristiana de amor y libertad.

Verdaderamente Cristo es un Sujeto viviente, del cual sus discípulos no sólo conocemos su doctrina, sino que recibimos su Espíritu de santidad que nos permite entrar en comunión con Dios.

GASTÓN LORENZO*

pgastonlorenzo@hotmail.com

FACULTAD DE TEOLOGÍA – UCA

Recibido 11.11.2018 / Aprobado 04.03.2019

Bibliografía

- R. CANTALAMESSA, *Dal Kerygma al Dogma*, Milano, Vita e Pensiero – Largo A. Gemelli, 2006; en castellano: *Del Kérigma al Dogma*, Buenos Aires, Agape, 2012
- R. CANTALAMESSA, *Il Mistero della trasfigurazione. Quale immagine di Cristo per l'uomo del Duemila?*, Milano, Ancora, 1999; en castellano: *El misterio de la Transfiguración*, Burgos, Monte Carmelo, 2003.
- R. CANTALAMESSA, *Gesú Cristo il Santo di Dio*, Milano, San Paolo edizione 1990; en castellano: *Jesucristo, el Santo de Dios*, Buenos Aires, Lumen 1995.

* El autor es Doctor en Teología por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina.

